ALEGORIA

Política Criolla

Los espíritus más justos y eminentes se asombrarán un día, hasta el éxtasis, de la ideal perfección de Madero.
Veracruz, 24 febrero, 1913.
"CRÁTER".

ALEGORIA

DE LA

Política Criolla

POR

"CRATER"

6º ANIVERSARIO DEL ASESINATO
DE MADERO



1919
IMPRENTA "MEXICO"
San Juan de Dios 12
HABANA



Tontoxtitlán, llamábase antiguamente la gran urbe de los volcanes y las torres, la ciudad eminentísima que en tiempos prehistóricos fué habitada por gigantes. Suavemente humedecida por las expirantes brisas de los océanos tendidos a sus faldas y el beso constante de las errantes nubes que prendiéndose a las flechas altísimas de sus torres las empenachaban gentilmente, su suelo era más alto que las más altas cúspides del resto del mundo, inclusive los vértices de las modernas pirámides de Babiatepec y Memoxtepango, sus vecinas rivales construídas por menos remotos pobladores.

Grande fué la celebridad y muy más grande el prestigio que al ser descubierta por extraños piratas de lejanas regiones, alcanzó la metrópoli de las torres y los volcanes. Los enanos de los condes, los reyes y los papas, así como los gnomos y los duendes, inclusive los tribuletes y bufoncillos de Persia y hasta los enanos del tapanco, todos los enanos del orbe acudieron a la urbe eminentísima, diéronse ahí cita con el ánimo fijo de fijarse en aquella altura y sentarse a sus anchas en un suelo sobre el cual, aún sentados, se sentirían más altos que todos los demás habitantes del planeta inclusive sus antiguos señores.

Mas al cabo de algunos años de convivencia con las nubes, sucedió que los diminutos habitantes de la antigua ciudad de los titanes empezaron a sentir un gran cansancio; faltos de aire y de ejercicio, los más animosos flaqueaban a la menor dificultad; alargábanse los brazos, encogíanse las piernas, encorvábanse las espaldas y las voluntades más esforzadas se relajaban al menor esfuerzo. El aire enrarecido hacía verdaderos estragos en aquellas débiles naturalezas. Poco a poco, los pobrecillos enanos, al tornar de las nubes y del tiempo, acabaron por tornarse en bobos inefables, en locos de atar y en tontilocos imposibles de gobernar.

Daba lástima verlos, de veras. La civilización, atareadísima en cuestiones de menor cuantía, los abandonó cruelmente a su destino. Mas en un apartado lugar del continente inmediato, denominado Bobabrutanda y poblado, como su nombre lo indica, por bobos vigorosos y enérgicos, pero forzados a la ociosidad y el atraso porque las tierras de su país encontrábanse en manos de sus señores, llegó a conocerse la existencia de aquella extraña

colonia hasta entonces perdida para el progreso moderno. "Otros bobos más bobos que nosotros? Pero eso es Jauja!" exclamaron alborozados, aunque algo incrédulos, los robustos bobos de Bobabrutanda cuando les llevaron la noticia. Y pusiéronse a buscar sin dilación cuanto de vender podía encontrarse en el mundo y sus colindantes hasta reunir un gran cargamento con el que transportáronse en grandes carabelas a la moderna Jauja que cariñosamente bautizaron, desde aquel memorable instante, con el nombre sonoro de Jaujabobanda.

Imagínese el lector lo que con tal refuerzo llegaría a ser Jaujabobanda. Con sólo saber contar con los dedos e imponer respeto por sus densos bigotes y su espesa musculatura, los bobos de Bobabrutanda en un abrir y cerrar de ojos improvisaban colosales fortunas. De humildes ganapanes que en su tierra habían sido, convertíanse en orgullosos potentados. "Esto me cuesta cinco; cinco dedos tiene una mano; pues lo vendo a mano y medio que son: cinco y cinco son diez, y cinco son quince. Y no salgo perdiendo, en fin de cuentas, ni el esto por ciento, pues entre tantos bobos, ninguno va a darse cuenta de que no soy un tonto por cierto, comparativamente hablando."

Así reunidos, encontrábanse en Jaujabobanda los tontos todos de la creación: tontos, tontazos, tontines y tontoides. Gedeón, Calino, Tartarín, Homais y Narciso, así como el Bobo de Coria, disputábanle el paso al mismísimo general Santibáñez. El tonto por hábito codeábase con el tonto por ocio y lo mismo podía verse en un palacio a un tonto de remate que firmaba sin leer y enmarañándola con vueltas y vueltas tardaba cinco minutos en cada firma que cubría la mitad del papel, que, en el andamio, a un tonto de encargo embadurnando la pared con el atole y tragándose el engrudo a pleno buche, o en los solares de los suburbios a un tonto de capirote matándose los piojos a coscorrones. Desde el descendiente de Cacaseno que no monta a caballo porque tiene miedo de que lo muerda el caballo, hasta el nieto legítimo del alcalde de Lagos que para arrancar al nopal crecido en la torre, se afana en trepar a un buey a empujones, por la escalera, para que se coma al nopal. Entre los tontos más compactos, recordaremos a los tontos "tanteadores" que se entretenían en sembrar la desconfianza, y entre los más verosímiles, podrían citarse a los tontos apodadores, así llamados porque habiendo la grey perdido el calendario, designábase a los ciudadanos por sus defectos físicos más ostensibles, sin hacer cuenta de sus más manifiestas cualidades. Los tontos aporreadores, asociados a éstos y a aquéllos, no eran de los menos conspícuos, y juntos todos, formaban en la comunidad una verdadera potencia. Llamaban a los tuertos, "ojos parados", "cuchos" a los de labios frunci-

dos, y a los que tenían algo de menos, "mochos" llamábanlos, y a los cojos y a los mancos llamábanlos simplemente mancos y cojos porque ya no pudo ocurrírseles mejor cosa. "Pintagatos" pusiéronle a un pintor que precisamente no pintaba gatos, pero mucho antes de que a los almirantazgos aliados de la gran guerra se les ocurriera disfrazar a sus escuadras, "camuflageaba" a los volcanes pintándolos con colores tan especiales que no podía reconocérseles ni con lente. Es verdad que usted pinta gatos? preguntóle cierta vez uno de los apodadores que era cascorvo, por más señas. Y el pintor de volcanes, que había estado en París, replicóle mirándole a las rodillas: Sí lo es, pero los pinto cascorvos.

La colección era completa. El babieca intrínseco que disfruta de una bobería sin mezcla, no le cedía en nada al bobera extenso que la goza sin límites ni al intenso y egoísta bobalicón que no la comparte con nadie a ningún precio. Desde el bobo que no se enoja nunca, hasta el que se enoja por todo; desde el que ríe perpetuamente hasta el que no se ríe aunque le hagan cosquillas y trepado sobre una tarima de tres peldaños, frente al tintero enorme de cristal, adopta la ridícula seriedad del asno; todos se encontraban ahí, compitiendo con el rascacueros esclavo de su bastón de puño de oro o de su jipijapa que vale más que un estanquillo. Era aquello de ver, particularmente en la calle donde todos, a la hora del sol, se daban cita para tomar la sombra, y a la hora de la sombra, citábanse para tomarse el pelo desde la sombra. También tomaban sus copitas con libertad sin freno y a eso llamaban, por la mañana, "tomar la mañana", y por la noche "tomar la noche". Estrictamente agrupados como granos de mazorca, obstruían empero el tránsito de la estrecha avenida, piropeaban graciosamente a las damas conocidas y desconocidas; de grupo a grupo y de individuo a individuo disputábanse por una mirada, una tosida, una escupida y cuando no bastaban las señas, insultábanse también por silbidos. Había tontos para dar y prestar, tontos buenos infinitamente corteses y tontos malos, embozados o claridosos, pero todos dignísimos, quien más quien menos, del manicomio, del calabozo o del pesebre. Había tontos "vivos" que se desacreditaban a fuerza de no cumplir y tontos "listos" que acreditaban al que querían desacreditar y viceversa, y tontos complicados que a la hora de la sombra hacían labor turbia y se indignaban por los desaires a la hora de lora. Tontibobos egregios llenaban las cárceles y tontilistos ilustres las codeaban sin entrar nunca. Casi ya no había tontilocos porque eran tantos que apenas si podía distinguírseles, mas por doquiera encontrábase al bienaventurado que cuenta con la formal promesa de disfrutar del reino de los cielos, lo mis-

mo que el que tiene señalado por morada el reino de los infiernos.

En condiciones tolerables, empero, vivieron aquellos extraños seres algunos años. Entregados a vanas lecturas y a silogísticas discusiones literarias y teológicas, ensoberbecíanse desde sus primeros pasos en la vida, creíanse genios, cambiaban de opinión y de moral como cambiaban de moda de vestir, rebajándose su carácter más aun por sus líricas manías poéticas y retóricas que por la ociosidad a que orgullosamente se entregaban como si fuera el modo más hidálguico y digno de vivir en su mundo especial de ventajas, privilegios y egoísmos. El mestizaje con las cobrizas descendientes de los primitivos pobladores que de los campos y montañas cercanos les traían los cereales y frutos necesarios a su subsistencia, mantuvo a Jaujabobanda, con la disciplina y circunspección características en la viril raza "humillada pero no envilecida" según las palabras de Humboldt, en un bienestar relativo. La misma promiscuidad de los emigrados de Bobabrutanda que desgraciadamente no les pasaban a sus hijos sus virtudes de trabajo y ahorro y cuya actividad sólo en el orden comercial conocida, más dañaba que aprovechaba a aquella sociedad incipiente y desorientada, solía despertar iniciativas, sacudía perezas y desalientos, suscitaba emulaciones interminentes, de esas que no duran más que un suspiro.

Pero el ensimismamiento y la holganza habían de producir, andando el tiempo, aberraciones consecuentes. Los gobernantes, engolosinados con su fácil comodidad, despreocupábanse del bien público. La educación de todas las clases, lo mismo las altas que las bajas, encontrábase por los suelos y a la justicia sólo podía encontrársele en las antesales de los ministerios. La política, en lugar de equilibrar los intereses, limitábase estrechamente a la conservación del poder cuyos elementos se concentraban en una sola mano. Mientras las favorecidas minorías glorificaban a su caudillo presentando un ejemplo constante de diatesco y contagioso servilismo, todos los demás se sentían vejados a cada paso, quejábanse de incesantes abusos y atropellos, pues los jueces y policías no eran los servidores del pueblo, sino los lacayos de una oligarquía o un partido político persuadidos de la legitimidad de sus privilegios alcanzados, no por el sacrificio y el mérito, ni siquiera, como en otros países de análogos sistemas, por el sacrificio o el mérito de sus antepasados, sino por el azar, la astucia, la bajeza o el crimen.

A tal punto habíaise degradado la moral y la razón del pueblo de Jaujabobanda, que cuando pudo escoger entre un abogado tartufo y parasitario y un agricultor rico, educado en las mejores escuelas del mundo, apasio-

nado por el bien de su pueblo hasta sacrificarle su libertad, su bienestar, su fortuna y más tarde su vida, le dió su simpatía al tartufo y su odio al redentor hasta inmolarlo en el cadalso; pues los verdugos del extraviado pueblo enano contaron siempre con su tácita complicidad para ridiculizar, anular o "dar agüita" a sus redentores, extraña locución que significaba darles muerte sin dejar huella.

Y mientras por tal modo preparábase la catástrofe, y mientras gobernantes y gobernados entregábanse a sus estériles ergotismos o a su entretenimiento específico de chuparse los puños, los enérgicos negociantes de Bobabrutanda, de Agosto a Julio, chupábanse los dedos de puro gusto. Mas como nuestros ingobernables a la vez que apretadizos nativos, diéranse cuenta de que ya casi, por decirlo así, andaban poco menos que en cueros, no pudiendo resolver sus problemas por el trabajo y la unión que nadie les había enseñado, ni por la ley que había caído a la categoría de momia de museo, ni por el respeto que sólo existía en forma de lisonja o terror, ocurrióseles indagar, para salir de apuros, si tendría fundamento el pergamino... casualmente encontrado en un albañal por un albañil y según el cual, grandes tesoros de oro acuñado y piedras preciosas deberían encontrarse en el asiento de la primitiva Tontoxtitlán cuyo verdadero nombre, en los tiempos prehistóricos, no había podido averiguarse hasta entonces. Y lo mismo el bobo paulatino y tímido, el que vacila entre la tos y el estornudo sin decidirse a declarar preferencia, que el memo de diligente cacúmen que pretende hacer ambas cosas al mismo tiempo, diéronse todos a derribar palacios, a remover los estercoleros, a raspar las costras del suelo y a excavar, por fin, en todas direcciones, profundos baches y enormes socavones por todas partes.

Muchas y preciosísimas cosas que para otros pueblos más preparados y sensatos habrían sido verdaderos tesoros, encontraron desde sus primeros trabajos nuestros atareado liliputienses, ocasionalmente convertidos en científicos escarabajos, en sus laboriosas excursiones por el subsuelo de la eminentísima ciudad de las torres y los volcanes. Las obras más veneradas y trascendentales de todos los siglos, desde Jesús, Platón y Marco Aurelio hasta Rousseau. Pascal y los más modernos, encontrábanse ahí, pero nadie sabía interpretarlas en su verdadero sentido que siempre se trabucaba de estrambóticos modos, como si sólo las secciones innobles de sus almas reclamaran parte en la lucha por la verdad o más bien, como si se aferraran a su descrédito y su infortunio y en lugar de encontrarse ahí con el objeto de buscar la revelación ofrecida por el parabólico pergamino, la fórmula de su felicidad por

la verdad y la luz, voluntariamente se encerrasen a piedra y mezcla en la tenebrosa noche moral que en vísperas de catástrofes ya presentidas, vivían dándose cuenta de la ya empezada expiación. Hijos de madres católicas, jactábanse de un ateísmo escolástico, insincero, que jamás conservaban toda su vida. Ser liberal, para ellos, concretábase a perseguir al catolicismo con todas sus fuerzas. Burláronse de los Evangelios que desde los primeros golpes de sus picos encontraron. Al dogma ferozmente afirmativo de sus abuelos, substituían el dogma de la negación absoluta; a la perdida fe en los milagros, la burla de todo lo santo ;a la intolerancia blanca, la intolerancia roja. Tenían prisa en salir: las emanaciones subterráneas de raíces podridas los asfixiaba; echaban de menos el estercolero moral en que vivían, allá arriba, pero seguían escarbando, infatigables. Codeándose con lo más grande y lo más ilustre de los siglos, sólo sentían gana de guasear y reir, ellos tan tristes, de mofarse de todo, ellos tan enclenques y defectuosos. El Bhagavad Gitá provocó sonrisas y el Sermón de la Montaña, carcajadas. "La cachalfa! La cachalfa!"—blasfemaban—queremos dinero y no consejos!" pero seguían buscando febrilmente, con un vigor desconocido. con afán de avaros, como si la decepción de sus hallazgos los aguijonease despertando en ellos caudales de curiosidad o les removiese interiormente torrentes de codicia hasta entonces contenidos por la perfecta inercia de su vidilla blanda, vacía, sin mortificaciones ni ensueños. Los sabios más venerables de la hormigueante y diminuta grey disparataban lastimosamente, capciosamente, o sinceramente, mientras los demás, como si se tratara de un certámen de chistes, lo tomaban todo a choteo, avivaban la graciosa competencia. Las Tres Furias de Bunge— Arrogancia, Tristeza, Pereza— eran para ellos Aglaé, Talía y Eufrosina, las Tres Gracias, las divinidades paganas que personificaban lo que hay de más seductor en la Belleza. Confundían a Gargantúa con Francisco de Asís, y sólo hojeaban los libros heroicos para comparar a Juan de los Palotes, héroe vivo, en buena salud y mejor posición, con los héroes más célebres de la antigüedad más remota.

El bloque de prejuicios, sugestiones, supersticiones y nombres arbitrarios que formaba la herencia mental y la educación de nuestros afanosos hurgadores de tesoros metálicos, contantes y sonantes, los tenía acostumbrados a la veneración del éxito que medían sobretodo por la rapidez en alcanzarlo. Gil Blas y Lazarillo eran sus héroes, los más alados, los más "águilas", como habían dado en llamar, precisamente, a los que más se arrastraban. No era de extrañar, en tales condiciones, que si sus ingeniosos apodos desacreditaban a los mejores por la estólida

malignidad de imputarles una imperfección física sólo imputable a la providencia divina, del mismo modo glorificaban a los peores acuñando motes que con el mismo mal celo de monederos falsos, circulaban. Al más hipócrita y fofo de sus presidentes, barnizábanlo con el nombre de "Presidente Blanco" al más grotesco y protervo, con el de "Sublime Presidente", así como llamaron "Caudillo de la Paz" al que mayores guerras produjo. Acostumbrados a los encumbramientos violentos, no esperaban su salud del esfuerzo perseverante, sino del favor de Júpiter, que como a la hija de Licaón, los colocase, para formar la constelación de la Osa Mayor, en el sitio más honorable, visible, cómodo, higiénico y fresco del firmamento.

Semanas y semanas atareáronse nuestros pequeños excavadores en su febril empeño de convertirse en cresos por un simple golpe afortunado. Nada calmaba la erecta curiosidad de unos, la codicia insana de todos, hasta que por fin, a fuerza de pico y pala, después de haber desdeñado todas las joyas de la espiritualidad humana ahí reunidas, al cabo de grandes controversias, sudores y fatigas sin cuento, descubrieron un monolito de colosales proporciones. Un zeppelín! exclamó embelesado el tuerto Cantoya.—Perdón, corrigió cortésmente el chato Morán—por los dos agujeros deduzco que es la nariz de Cleopatra.—Pues yo digo que es un cofre y voy a llevármelo para mi casa—amenazó muy decidido el manco González.—Párese ahí!—ordenó con autoridad mayor el cojo Santa-Ana—esto es territorio nacional y no hay que darle vueltas.—Pues precisamente dándole vueltas es como vamos a conocer el sexo, la calidad y aún el origen de este extraño monumento—concluyó muy razonablemente el chino Gutiérrez —Pues ándele pues!—consintieron todos y a fuerza de fuerzas y más fuerzas, ayudados por dos o tres fornidos bobabrutandos que andaban sin qué hacer porque se habían casado con ricas, los diligentes enanillos acabaron por ponerlo de pie.—Un cuadrilátero! es un auténtico cuadrilátero! afirmó decididamente, después de las naturales exclamaciones y rascaderos de cabeza que denotaban la general expectación, un bobo geómetra.— Por qué? preguntaron todos ansiosísimos.—Porque es chato por los cuatro costados.

Y sumiéronse todos en profundas cavilaciones.—El razonamiento es luminoso e incontrovertible, puntualizó el güero Grajales, director de la Universidad y admirador sistemático de las grandes verdades—se trata evidentemente de un monumento monolítico de la especie cuadrilatérica y es acaso esta la piedra filosofal que ha de transformar en oro nuestros adobes.—Pues que hable el monolítico cuadrilatérico que hableeé!—Sólo que me den de comer—estipuló con voz sorda y tonante que parecía salir

del epigastrio de la tierra, el monstruoso bólido. Y después de recitar en coro "una égloga del género bucólico" así clasificada por su inspirado autor, un bolonio lírico que llamaba a los enanos "raza de águilas y de leones"—los bobos, maravillados, acalambrados de placer—pues se sabe que el calambre es el espasmo de los bobos—hartáronlo de trufas, quelites y rastrojo hasta más no poder y arrastrándolo con mil cuerdas y cien mil precauciones, lleváronselo hasta colocarlo triunfalmente en la tribuna mayor de la Cámara de los Diputados .

Y el cuadrilátero se puso a hablar y—oh portento!—qué modo de discurrir, el de aquel hermoso ejemplar de la volcánico-pedrera especie! Ni los más viejos entre los sabios más venerables de Jaujabobanda recordaban nada más parecido desde los tiempos de Rascapetriloponte, el supremo, después de Fidias, en eso de tallar piedras enormes, y de Demóstenes, el antiguo príncipe de la palabra que declamaba con la boca repleta de menudas piedrecitas.—Discutamos el presupuesto, disponía el presidente. —Aumentémonos el sueldo, antojábasele sin vacilar al prodigioso pedrejón.—Definamos la libertad.—La libertad es un gorro que empieza ancho y acaba en punta.—Hablemos de la igualdad.—La igualdad es un todo de dos mitades, una grande y otra pequeña.—Discurramos sobre la fraternidad.—Caín sin ella no sería inmortal.—Tratemos de la defensa nacional.—Más vale que digan aquí corrió que aquí murió.—Ocupémonos de la justicia.—El buen juez por su casa empieza, nada puede dar quien nada tiene, los frijoles sólo son buenos en el propio plato, la caridad bien entendida empieza por uno mismo, las ranas y los puercos viven bien en el lodo, mejor es para el lobo la cabra coja y quien lava la cabeza del asno pierde jabón y tiempo.

Y los bobos diputados, así como los de las galerías que reventaban de admiración y apretones, tragaban todos, boquiabiertos, aquella nueva jurisprudencia que tan fiel y elocuentemente interpretara sus más íntimos sentimientos hasta entonces informulados. Era la piedra filosofal que transmutaría en oro el pedernal de sus inteligencias atrofiadas por el ocio! Y cuando todo se aceptaba sin réplica alguna, el presidente continuaba, solemne: —Es tiempo de delinear nuestra política.—La política es el arte de holgar, medrar y mandar.—Instituyamos ahora la instrucción pública.—Instruir bobos es bobería.

Y los bobos, al concluir esta frase fascinante y didáctica, sintieron correr por sus diminutos cuerpecillos un estremecimiento parecido al que perdió a Abelardo y que d'Anunzzio, para excusarse ante una dama francesa empeñada en moderar su exagerado apetito, definía de este modo, italianizando la lengua: "Madame, madame, c'est

la louxoure qui me travaille". Y después de elevarse hasta la más alta jurisdicción del entusiasmo más profundo, sumiéronse en un recogimiento desbordante y sin límites. "Aaaa" pronunciaban unos estirando los brazos con el mismo ademán del que bosteza. "Eeeeh?" interrogaban los sordos que sólo por imitación participaban del universal embeleso. "Iiii" silbaban los chupamirtos como pitos de carrizo. Y así todas las vocales admiratorias escapábanse de las gargantas con sonido especial, acompasado y tremolante en unos, desordenado y soflamero en otros, pero todos denotativos, sin lugar a duda, de un éxtasis supremo y suprabobino. Estrangulados los pulmones por una emoción que se manifestaba con diferentes ademanes y acentos, pero igualmente supersaturada de un oxígeno desconocido hasta entonces, nadie podía articular una palabra completa. Por fin uno, labiosísimo periodista que llamaban "Rábano" porque sus hojas eran de col y jamás se ponía colorado, interpretó de este modo el sentimiento unánime de la distinguida asamblea: "Instruir bobos es bobería. Instruir bobos es bobería!" Este sí que no es bobo!

Y señalando el magno bloque, púsose a la cabeza—por todos lados contusionada a fuerza de cabezadas entusiásticas contra el suelo.—púsose a la cabeza de los bobos que de su éxtasis volvieron en sí y recobrando el uso de la palabra, pusiéronse a repetir como un solo eco de un solo bobo: Este sí que no es bobo! Este sí que no es bobo! Y en menos que canta un gallo, y en menos que yo lo cuento, en manos del estupendo metapil que al modo clásico de Bertoldo y Sancho Panza resolvía los más graves problemas por los chistes más cortos y los refranes más simples, pusieron los bobos, desde aquel instante imborrable en los anales de Jaujabobanda, con su conciencia y su hacienda, lo que con la mayor naturalidad del mundo denominaban corrientemente "la cosa pública".

Mas no era cosa de arreglar tan fácilmente, la cosa pública. "Mal anda la cosha"—decían los graves mercaderes de Bobabrutando guiñando el ojo, apretando los labios y picándose con los codos las barrigas, unos a otros. Y en efecto, había motivos para inquietar a los más optimistas; la agitación y el malestar asomaban por doquiera sus faces lívidas y sus fauces rojas. Los bobos boticarios, perturbadas sus facultades mentales de precisión por la lectura abusiva de los periódicos cuadrilatéricos, tenían ya envenenada a la mitad de la bobería y en contumaz contubernio con lor médicos que descuartizando a los neuróticos y aun a los simples acatarrados para buscarles piedras filosofales en la vejiga, amenazaban con destruir a la otra mitad. Los buenos farmacéuticos, tan ponderados y minuciosos de ordinario, confundían el botámen,

servían papeles para moscas en lugar de sinapismos y como el inveterado latinismo de los galenos les pareciera latoso y anticuado dado el avance de las nuevas ideas, exigían que las recetas se formulasen en lenguaje filosofal y cuadrilatérico. Los periodistas, por su parte, inundaban los hogares y las oficinas, así como los templos, las academias y las logias, con enormes artículos rebosantes de multiformes panaceas para improvisar la boberil ventura sin trabajos, ni sudores ni penas.

Con tan variados y profusos enervamientos, la diminuta grey liliputiense de Jaujabobanda empezaba a dar muy claras muestras de nuevas y cercanísimas insanias, hasta que el compasivo embajador de una potencia extranjera, asociado con los cachazudos próceres de Bobabrutanda, propuso un medio infalible para distraer al pueblo y ejercitarlo, por la misma ocasión, en lucrativas especulaciones comerciales que calmaran sus sobreexcitados nervios y a la vez enriquecieran a la indigente progenie. Y al efecto pregonóse por todas partes la venta de bonos de a peso para un negocio de un globo dirigible que transportaría a los subscriptores desde los muros extremos de Jaujabobanda hasta depositarlos muellemente sobre las azoteas de sus respectivos alojamientos.—Es un negoc io loco!—vaticinaba el más cuerdo.—Es un negocio gordo! anticipaba el más flaco.—Y sobre todo, es un negocio limpio, aseguraba el más sucio. Y todos se amontonaban en las taquillas para pagar su peso del águila.

Mas en tanto llegara el globo, la empresa del dirigible aeróstato se puso a dirigir sobre las azoteas del minúsculo vecindario, enormes balas de cañón que al estallar con inusitado estrépito, cubrían de polvo los vestidos de las señoras, barrían con cuanto obstáculo encontrábase al paso imperioso de su libérrima expansión y aun ponían a muchos inocentes ciudadanos en estado de occisión muy positiva. Y al cabo de doscientas cuarenta horas y doce minutos de cañonear parejo, vino el silencio y junto a él, en el balcón de la conjurativa embajada, vestido de general europeo y cabal de juicio, presentóse el mayor de los bobos o bobo mayor, quien después de indicar con noble gesto que quería ejercitar en público su facultad de expansión, púsose a acumular aire en ambos carrillos hasta inflarlos, significando así que en su honrada memoria, sin engañifas obrepticias o restrictorias, moraba inconmovible el imperecedero recuerdo del ofrecido globo dirigible un momento substituído, a título provisional y transitorio, por los dirigibles obuses que inabusivamente conmovieran a la ciudad por cortos días ya transcurridos. Y en prenda de su inmarcesible cariño a los queridos descendientes de sus venerados antepasados, uniendo el gesto a la palabra, en los labios del buen pueblo puso la

hostia santa de la justicia y en sus corazones, además, el bálsamo sagrado y suavísimo de la paz. Y entre flores y bendiciones, preñados los aires del público clamor de "Paz y Justicia", el denodado y expresivo bobo mayor, caudillo insigne de la airosa empresa del dirigible aeróstato y los no menos dirigibles obuses, coronado de nubes y con la vista fija en el cielo, irrecusable testigo de su buena voluntad, encaminóse lentamente a las escaleras del Capitolio Nacional.

Mas no faltaban los díscolos, como ya se ha dejado entrever, en el recinto empórico y desplumático de Jaujabobanda. El globo! el globo! el globo! queremos el globo! desgañitábanse los más brumosos, los que no pudieron entender la cinematográfica elocuencia del inflamado y expansorio buche de aire.—El glo-o-bo-bobo vieve-viene en caca-camino—declaró un ugier cuasi tartamudo desde el balcón central del capitolio. Coco-conte-tente coco-contentaos po-po-por ahora coco-con la Jujusticia y la Papapaz.—Qué paz con capataces ni qué justicia con papas. El globo, el globo dirigible para que podamos entrar en las casas sin que lo sepa el portero! Queremos el globo! Queremos el globo! Que salga el bobo, que salga el bobo mayor! Que salga el bobo mayor! clamaban y reclamaban los descontentos armados con palillos de dientes y botecitos de petróleo—que salga el bobo mayor, el que firmó en la embajada o le metemos fuego al Capitolio! Y mientras los subtontos, ayudantes del bobo mayor, alarmados por el vocerío se escondían tras de las cortinas o encaramábanse en los respiraderos de los retretes, el bobo mayor, que entendía de bragas porque había sido Cónsul en Chile, asomóse intrépidamente al balcón y en lenguaje inteligible reconoció ingenuamente no conocer Derecho Internacional.

De pronto, a espaldas del bobo mayor empeñado en desanudarse la lengua para substituirla en funciones a los incomprendidos gestos, asomó la figura enérgica, inconfundible, de un ciudadano de Bobabrutanda y en el más puro castellano rugió sonoramente esta frase salvadora y cortísima: "Vamosh a darlesh un globo para cada uno".—Un globo para cada uno! un globo para cada bobo! Oh esplendidez! Un globo para cada bobo! Viva el Bobo Mayor! Viva Bobabrutanda! Que vivaaaa!! La noticia, como reguero de pólvora, cundió por todos los ámbitos de la inmortal Jaujabobanda. Y en efecto, repartiéronse los globos inmediatamente. A cada bobo le tocó un globito y a cada globito su mecatito para dirigirlo. Y provistos de su globito dirigible con su mecatito, locos de entusiasmo y ebrios de amor por su incomparable caudillo, dirigiéronse los bobos a sus respectivos domicilios ar-

mando por el camino, con sus palillos y sus botes de petróleo, una zambra de todititos los diablos.

Así las cosas, no paró ahí la cosa, empero. La cosa pública, después de algunas semanas de tranquilidad relativa, empezaba a hacerse imposible. Las panaceas cuadrilatéricas habían perdido su poder mágico sobre las conciencias; los globos, inconstantes y veleidosos como buenos volátiles, escapábanse de las manos de lo más distraídos y faltaba dinero para comprar más globos. Los mercaderes de Bobabrutanda, por otra parte, cerraban crédito, amenazaban con armar gresca si no se les pagaban los globos fiados. La inocencia perfecta de los bobos mansos que se quedaron sin globo, compensaba muy poco la maldad asoladora de los bobos perversos que querían un globo para cada dedo de las manos y los pies. Mientras unos amenazaban y decían "mu" para intimidar a los mansos. otros no decían "ni fu ni fa" o decían "bee" que los del "mu" tomaban por tanteada y a cada instante armábanse indisolubles peloteras. Nadie se atrevía a decir esta boca es mía y las más pacíficas gentes pasábanse la vida con el Jesús en la boca. El monolito, para recobrar su prestigio, propuso que se examinaran los cerebros de los jaujaboberas para saberse a punto fijo lo que en realidad querían, pues ya nadie sabía a qué atenerse con aquella variedad infinita de tontos de todas las categorías agravados por las recetas cuadrilatéricas y las ambiciones despertadas por los fugaces globillos. Mientras unos no querían hacer nada, otros lo querían hacer todo y lo echaban todo a perder totalmente. Los exorcismos habían llegado a hacerse innecesarios pues ya ni los diablos ni las ánimas del purgatorio se atrevían a visitar a la desventurada Jaujabobanda. El Averno, cada día más, dominaba al Limbo y acabó aquello por convertirse, al fin y al cabo, en un verdadero infierno inquisitorial y castellano. Nadie podía vivir sin globo y el que tenía uno, quería acumular ciento y uno. Y a más de las riñas, los constantes suicidios involuntarios. Hubo quien se tirase de los tejados cogido al mecatito de su dirigible y también hubo quien se echara al agua firmemente, con la firme seguridad de que su globo de media onza era más insumergible que una boya de cien toneladas. Nuevas ráfagas de vesania, después de rugir furiosamente sobre los tejados de la infortunada bobería, instalábanse en ella, agarrábanse a las conciencias con sus uñas ganchudas y horribles. Ni trabajo, ni ley, ni respeto, ni nada. Los generales se presentaban en público con los uniformes manchados; los magistrados, desnudos, presentábanse en plena calle. Hubo político que se encaramara en zancos para poder llallamar enano al Presidente de la República. Militares de Colegio, después de amarrarlos, les sacaban los ojos a los

tuertos. Los escritores escribían con baba o con sopa y los más sabios se comían los mocos por la boca en lugar de sorberlos decentemente por la nariz, al modo de Bobabrutanda. Y todos hablaban, denigraban y chismeaban a cual más mejor. La saliva llegó a venderse por cuenta-gotas y a los más altos precios. Perorar, pelear y despanzurrarse por cualquier cosa era la ocupación única de la pobrecilla metrópoli de los enanos-bobos. Como arroyos corrían las lágrimas de las mujeres y la sangre derramábase en caudalosas cataratas sobre los océanos y por fin, para no afligir al lector con tan aflictivas descripciones, digamos solamente que las almas pequeñas de los enanos ya no cabían en sus cuerpos exiguos, que sus cuerpos exiguos no cabían ya en las enormes fosas abiertas para buscar al ya olvidado monolito y la vida, entre tal mortandad, había llegado a hacerse imposible a tal punto, que los pobrecillos patriotas de la orgullosa Jaujabobanda hubieron de recurrir de nuevo al compasivo embajador de la retrospectiva balacera. Y en su palacio reunidos todos, jaujabobones y bobabrutandos, por vez primera en la turbulenta historia de Jaujabobanda, acordáronse en la necesidad imperiosa del principio imperativo y autoritario del puño de hierro. Y habiéndose así hecho la armonía, procedieron a designar monarca mediante el método ya conocido de tantear la opinión; y tal como pudieron vaticinarlo los más sagaces, la elección recayó en el Bobo Mayor, carnal sobrino del rey, casualmente, que habían silbado en tiempos pasados porque lo sabían sordo y de sordera había fallecido sin sucesión directa, visible, o por lo menos viable. Diéronle un trono porfídico, un diploma de laudos, laudemios y laudatorias. una corona de laurel y un cetro de plomo. Pero el genial sobrino de la elocuente mímica, repartidor de globitos dirigibles en sociedad con los tozudos magnates de Bobabrutanda, predilecto confidente del providencial embajador que patrocinara la inofensiva pirotecnia, no pudo soportar aquella elevación extravagante. Confundido y mareado, se comió la corona y el diploma y mortificado por la indigestión más productora de aire interior que el que sus carrillos podían contener y que en otro orden y en otro órgano le hacían más falta, vencido por el peso del cetro de plomo se cayó del trono. Con lo cual, apenas nombrado rey, se destronó a sí mismo y murió de torzones y contusiones sin dejar sucesión.



mando por el camino, con sus palillos y sus botes de petróleo, una zambra de todititos los diablos.

Así las cosas, no paró ahí la cosa, empero. La cosa pública, después de algunas semanas de tranquilidad relativa, empezaba a hacerse imposible. Las panaceas cuadriláteras habían perdido su poder mágico sobre las conciencias; los globos, inconstantes y veleidosos como buenos volátiles, escapábanse de las manos de lo más distraídos y faltaba dinero para comprar más globos. Los mercaderes de Bobabrutanda, por otra parte, cerraban crédito, amenazaban con armar gresca si no se les pagaban los globos fiados. La inocencia perfecta de los bobos mansos que se quedaron sin globo, compensaba muy poco la maldad asoladora de los bobos perversos que querían un globo para cada dedo de las manos y los pies. Mientras unos amenazaban y decían "mu" para intimidar a los mansos. otros no decían "ni fu ni fa" o decían "bee" que los del "mu" tomaban por tanteada y a cada instante armábanse indisolubles peloteras. Nadie se atrevía a decir esta boca es mía y las más pacíficas gentes pasábanse la vida con el Jesús en la boca. El monolito, para recobrar su prestigio, propuso que se examinaran los cerebros de los jaujaboberas para saberse a punto fijo lo que en realidad querían, pues ya nadie sabía a qué atenerse con aquella variedad infinita de tontos de todas las categorías agravados por las recetas cuadriláteras y las ambiciones despertadas por los fugaces globillos. Mientras unos no querían hacer nada, otros lo querían hacer todo y lo echaban todo a perder totalmente. Los exorcismos habían llegado a hacerse innecesarios pues ya ni los diablos ni las ánimas del purgatorio se atrevían a visitar a la desventurada Jaujabobanda. El Averno, cada día más, dominaba al Limbo y acabó aquello por convertirse, al fin y al cabo, en un verdadero infierno inquisitorial y castellano. Nadie podía vivir sin globo y el que tenía uno, quería acumular ciento y uno. Y a más de las riñas, los constantes suicidios involuntarios. Hubo quien se tirase de los tejados cogido al mecatito de su dirigible y también hubo quien se echara al agua firmemente, con la firme seguridad de que su globo de media onza era más insumergible que una boya de cien toneladas. Nuevas ráfagas de vesania, después de rugir furiosamente sobre los tejados de la infortunada bobería, instalábanse en ella, agarrábanse a las conciencias con sus uñas ganchudas y horribles. Ni trabajo, ni ley, ni respeto, ni nada. Los generales se presentaban en público con los uniformes manchados; los magistrados, desnudos, presentábanse en plena calle. Hubo político que se encaramara en zancos para poder llallamar enano al Presidente de la República. Militares de Colegio, después de amarrarlos, les sacaban los ojos a los

tuertos. Los escritores escribían con baba o con sopa y los más sabios se comían los mocos por la boca en lugar de sorberlos decentemente por la nariz, al modo de Bobabrutanda. Y todos hablaban, denigraban y chismeaban a cual más mejor. La saliva llegó a venderse por cuenta-gotas y a los más altos precios. Perorar, pelear y despanzurrarse por cualquier cosa era la ocupación única de la pobrecilla metrópoli de los enanos-bobos. Como arroyos corrían las lágrimas de las mujeres y la sangre derramábase en caudalosas cataratas sobre los océanos y por fin, para no afligir al lector con tan aflictivas descripciones, digamos solamente que las almas pequeñas de los enanos ya no cabían en sus cuerpos exiguos, que sus cuerpos exiguos no cabían ya en las enormes fosas abiertas para buscar al ya olvidado monolito y la vida, entre tal mortandad, había llegado a hacerse imposible a tal punto, que los pobrecillos patriotas de la orgullosa Jaujabobanda hubieron de recurrir de nuevo al compasivo embajador de la retrospectiva balacera. Y en su palacio reunidos todos, jaujabobones y bobabrutandos, por vez primera en la turbulenta historia de Jaujabobanda, acordáronse en la necesidad imperiosa del principio imperativo y autoritario del puño de hierro. Y habiéndose así hecho la armonía, procedieron a designar monarca mediante el método ya conocido de tantear la opinión; y tal como pudieron vaticinarlo los más sagaces, la elección recayó en el Bobo Mayor, carnal sobrino del rey, casualmente, que habían silbado en tiempos pasados porque lo sabían sordo y de sordera había fallecido sin sucesión directa, visible, o por lo menos viable. Diéronle un trono porfídico, un diploma de laudos, laudemios y laudatorias. una corona de laurel y un cetro de plomo. Pero el genial sobrino de la elocuente mímica, repartidor de globitos dirigibles en sociedad con los tozudos magnates de Bobabrutanda, predilecto confidente del providencial embajador que patrocinara la inofensiva pirotecnia, no pudo soportar aquella elevación extravagante. Confundido y mareado, se comió la corona y el diploma y mortificado por la indigestión más productora de aire interior que el que sus carrillos podían contener y que en otro orden y en otro órgano le hacían más falta, vencido por el peso del cetro de plomo se cayó del trono. Con lo cual, apenas nombrado rey, se destronó a sí mismo y murió de torzones y contusiones sin dejar sucesión.

